

la vanidad y la intemperancia, al gloriarse de tener hijos hermosos, no para Cristo, sino para el lascivo mahometano; y, lo que es más de llorar, cuánto mejores y más bellos los tienen, más pronto y seguramente les son arrebatados y obligados á alistarse con Mahoma para los más nefandos crímenes.

Ni podemos omitir sobre la insordescencia de los infelices griegos, que aun habiendo estado bajo el dominio de cristianos y católicos Chipre, Creta, Zazinto y las islas Cephelas se han mostrado tan tenaces en la herejía griega, que más bien se dejan arrancar la vida que cambiar de doctrina, con ser la suya tan errónea. Por el contrario, la misma Iglesia griega ha venido á padecer el cisma interno, habiendo visto que de su seno se alzaban independientes, primero la Iglesia rusa y más tarde la del nuevo Reino de Grecia. Finalmente, ya no es de extrañar que con tanto tiempo transcurrido en el cisma, ningún santo haya producido la Iglesia griega, con ser antes tan fecunda en grandes santos. Son muy notables sobre este punto los escritos que nos han legado autores tan ilustrés como Zonaros y Bozio.

Y para que no se atribuyan al acaso las desgracias de los griegos, predicho se las habían los sumos Pontífices, y profetizadas les estaban por aquella alma doctísima y angelical de Sta. Brígida; mas es costumbre á los obstinados el despreciar á los nuncios de Dios. No caben en este artículo esas interesantes predicciones, coleccionadas por el docto Tomás de Jesús en su doctísima obra *De Unione Schismaticorum*, pero citaremos estas palabras de Sta. Brígida: «Sepan los griegos que su imperio y sus reinos ó dominios jamás estarán seguros, ni en tranquila paz, sino que siempre estarán sujetos á sus enemigos, de quienes sufrirán gravísimos daños y prolongadas miserias, hasta que con verdadera humildad y caridad se sujeten á la fe y á la Iglesia Romana.»

Por lo cual es de temer que si no vuelven al seno de la santa Iglesia Católica no tendrán fin las calamidades de los griegos. No vacilen, pues en inclinarse ante Dios, que perdona y salva á las naciones, más extraviadas que corrompidas, cuyos errores se transforman por obra de la Providencia en medios de salvación, y cuyas manchas son extirpadas por las desgracias, por las virtudes y